

muchos que estén determinados á pasar su vida en un desarreglo escandaloso; el gran número es de aquellos que buscan el temperamento entre estos dos extremos, y que querrían, si fuese posible, concordar en sí mismos la conciencia con la concupiscencia, el mundo con Dios. Se querría ser mundano sin dejar de ser cristiano; se quiere servir á Dios, y satisfacer á los deberes esenciales de la religion, sin renunciar al espíritu y á las máximas del mundo: israelita en Jerusalem, medio gentil en Babilonia; así es como se pretende contentar á Dios y al mundo: dividiéndose, por decirlo así, entre el uno y el otro; pero en vano se pretende, porque esta division no puede contentar ni al uno ni al otro. Para Dios nada sirve la mitad, para el mundo tampoco será bastante; pero el mundo se contenta con menos; por poco que se le dé, es lo mismo que no dar nada á Dios, que negárselo todo. Penetrémonos bien de esta importante verdad, ella es de la mayor consecuencia. Declarémonos por verdaderos siervos de Dios, llenemos todos los deberes de tales, y désenos muy poco de que el mundo chille. Nosotros no tenemos mas que un señor que es el mismo Dios; sirvámosle con fervor, con empeño, y con fidelidad.

2 Guardemos, sí, las atenciones del decoro; pero no seamos jamás esclavos de las extravagantes máximas de los mundanos. Acordémonos de continuo que estamos en el servicio de Dios. ¡Qué indignidad! ¡qué bajeza el sujetarnos á las quiméricas leyes de un monton de libertinos, ó de mujeres mundanas, á quienes complace el inventar modas, mudar los estilos, proscribir ó autorizar conforme á su capricho y á su mal gusto! No admitamos nunca como regla de nuestra conducta mas que las máximas del Evangelio, y por modelo la vida de los santos. En todo lo que debemos hacer no consultemos mas que á Dios, á nuestra salvacion, á nuestra conciencia. Desterremos para siempre de nuestro entendimiento y de nuestro corazon aquella máxima indigna de un cristiano: *Así se vive en el mundo; así debe obrarse cuando se vive en el mundo.* Ignoremos esta jerigonza indigna de una lengua cristiana. En fin, en medio del mundo acordémonos siempre que somos cristianos.

DOMINGO DECIMOQUINTO DESPUES DE  
PENTECOSTES.

LÁMASE este domingo en la Iglesia el domingo del hijo de la viuda de Naim, cuya milagrosa resurreccion es el asunto del Evangelio que se lee en la misa del día, y que está en uso en Roma desde el siglo VII. La Epistola de este día es continuacion de la que se leyó en la dominica precedente. S. Pablo da en ella instrucciones circunstanciadas de la moral cristiana con tal precision, que en pocas palabras dice mucho; esta sola Epistola da las reglas de su conducta á todos los fieles. En toda la Escritura no tenemos cosa mas llena ni mas instructiva que ella. El introito es una corta pero afectuosa oracion que el alma hace á Dios, animada de una viva confianza en su misericordia.

*Escuchad, Señor, mi oracion, y oidme; porque estoy en el desamparo y en la indigencia,* añade David. Una de las mejores disposiciones para la oracion es el conocer uno su pobreza y su necesidad. Cuando todo nos rie, cuando lisonjea todo, estamos contentos. Apenas sale uno de sí mismo cuando reinan la abundancia y la prosperidad; pásase uno fácilmente sin auxilio extraño, cuando todo florece en el propio suelo. Mas cuando todo este esplendor tan satisfactorio se estingue; cuando la pobreza nos asalta; cuando nos vemos abandonados y hasta aborrecidos de las criaturas, recurrimos á Dios con confianza y con fervor. La oracion es siempre viva, cuando es humilde; y siempre eficaz, cuando parte de un corazon humillado y contrito. Los honores, las riquezas tienen encantos que suspenden muchas veces la fe, y que debilitan siempre la devocion; las adversidades la despiertan; ninguna cosa nos hace acudir á Dios mas afectuosamente que la persecucion. David perseguido por Saul ó por Absalon reconoce su nada, la cual perdía de vista en la prosperidad y sobre el trono; durante, pues, esta persecucion, esta afliccion, cuando se vió en este abandono universal de las criaturas, es cuando recurre á Dios. Este rey afligido y perseguido jamás tal vez hubiera pedido á Dios con tanto ardor y confianza, si no se hubiese visto en tan grande afliccion: *Conservadme, ó Dios mio, salvad á vuestro siervo que pone en vos solo toda su esperanza;* movido de mis clamores, Señor, compadeceos de un siervo que no cesa día y noche de implorar vuestra misericordia: consoladle, puesto que en su afliccion y en sus penas pone en vos solo su confianza, é implora vuestro auxilio. Se ha dicho ya en otra parte, que le-

vantar su alma, que es la espresion de que usa David, *levavi animam meam*, hácia alguna cosa, es un modo de hablar muy ordinario en la Escritura para espresar el deseo ardiente que tenemos del objeto de nuestros votos. Pocos salmos hay mas afectuosos que este. Habla en él un siervo de Dios que derrama su corazón delante del Señor con entera confianza. Un cristiano en el tiempo de la tentacion no podria hacer una oracion mas bella; no hay nada mas vivo, mas patético, ni mas tierno, que este salmo 85. Hallándonos en la afliccion ó en la desolacion, él debe ser nuestra oracion ordinaria.

La Epístola, como hemos dicho, es un pormenor instructivo de los puntos mas importantes de la moral cristiana; es una leccion excelente que interesa á todos los fieles, y que mira á todas las edades y á todas las condiciones.

*Si estamos animados del espíritu de Dios*, nos dice el santo Apóstol; si no vivimos segun la carne, ni segun los perniciosos deseos de la concupiscencia; si somos verdaderamente cristianos, vivamos de un modo enteramente cristiano; *si el espíritu de Jesucristo es el que nos anima*, caminemos tambien segun este espíritu. *No seamos ávidos de vanagloria*, acometiéndonos unos á otros, teniéndonos envidia, llevados de una emulacion secreta tan contraria á la caridad. Si no hubiese orgullo, no habria division, contestacion, ni querella. La causa ordinaria de la diversidad de sentimientos es una vanidad secreta. Por mas que se forjen motivos plausibles de nuestra tenacidad, es seguro que estaríamos muy pronto acordes, si el orgullo no patrocinase la causa; la envidia, los zelos son siempre los primeros frutos del orgullo. *Hermanos míos*, añade, *si alguno se ha dejado sorprender hasta cometer alguna falta*, vosotros que sois espirituales dadle buenos consejos, pero con un espíritu de mansedumbre. Algunos doctores, animados de un falso zelo y de un espíritu de orgullo, habiéndose metido á dogmatizar, habian introducido la turbacion y la division en aquella Iglesia. No hay hereje, no hay cismático sin partidarios. Abusando de la simplicidad de aquellos nuevos fieles, habian arrastrado á muchos al error. S. Pablo exhorta á los sacerdotes y á todos los que estaban animados del espíritu de Jesucristo á que vuelvan á traer al redil á aquellos que habian caido en los lazos; que les den la mano, y los retiren de su extravío, no echándoles en cara su falta con acritud, sino representándoles su caida con espíritu de dulzura y de caridad. Guardémonos bien de abrigar un zelo amargo, que lejos de curar las llagas las exacerba y las cancera; y para esto que considere cada uno su propia flaqueza, y reflexione que no por

haber sido mas fiel, es por eso menos capaz de semejantes des-acuerdos. La vista de lo que somos, no debe fascinarnos para no ver lo que podemos ser. *No hay pecado*, dice S. Agustin, *de que no sea uno capaz, si Dios no nos tiene de su mano*. El conocimiento de nuestra propia flaqueza inspira siempre mas compasion que aspereza contra los pecadores. Siempre es un orgullo secreto lo que causa la amargura y la dureza en el zelo. Cuando uno piensa que ha sido pecador, ó á lo menos que puede serlo, se compadece de los que lo son. Nada inspira tanto el espíritu de mansedumbre para con los pecadores como el conocimiento experimental de nuestra propia flaqueza. Jesucristo, dicen los Padres, no quiso dar las llaves del reino de los cielos á S. Juan, porque habia vivido siempre en la inocencia; y las dió á S. Pedro, que no obstante su fervor habia experimentado sobradamente su propia flaqueza en su caida; y tu tambien, le dijo por tanto el Señor, *cuando una vez hubieres vuelto en tí, confirma á tus hermanos*. Un ministro del Señor probado, instruido por sus propias caidas, tiene mas compasion de las caidas de los otros, y sin contemplar nunca el pecado, contempla siempre al pecador. *Guardándoos cada uno de vosotros*, añade el santo Apóstol, *no sea que vosotros mismos seais tambien tentados*. Los que son tan severos con los otros, no siempre lo son consigo mismos. Muchos van por un camino ancho, mientras que á los demás solo les muestran senderos muy estrechos. Para confundir esta hipócrita severidad permite Dios muchas veces que estos implacables médicos espirituales se vean atacados del mal, para el que ellos ordenaban remedios impracticables; y que aprendan por la necesidad que tienen ellos mismos de indulgencia, á tenerla con los demás pecadores.

*Llebad mutuamente la carga*, continua el santo Apóstol, y de este modo cumplireis la ley de Jesucristo. Esta divina ley está fundada sobre la caridad, y esta caridad reciproca entre los cristianos es la que los conduce á aliviarse mutuamente los unos á los otros. Los socorros mutuos alivian las cargas particulares; nada disminuye tanto su peso como la caridad cristiana, y en alguna manera es participar de la afliccion de nuestros hermanos el compadecernos de sus aflicciones. La dureza del alma es una prueba de su orgullo. Esto es lo que hace decir al Apóstol, que si alguno se imagina que es algo, no siendo nada, se engaña á sí mismo. El orgullo, la estima ventajosa de sí mismo es una especie de locura. Nos reimos, tenemos lástima de un vil artesano, que se imagina que es un gran príncipe; ¿somos nosotros menos imbéciles cuando creemos que somos alguna cosa mas que

nuestros hermanos? De nuestro propio fondo no tenemos otra cosa mas que la nada, y propiamente hablando de ninguna otra podemos gloriarnos. Una vanidad necia léjos de elevarnos sobre los demás, nos pone siempre inmediatamente bajo de todos.

Examine bien cada uno lo que ha hecho y lo que hace, y así no se gloriará sino de lo que es en sí mismo, y no de lo que son los demás; nuestras enfermedades, nuestras flaquezas dicen lo que somos. No descubrimos con tanta perspicacia los defectos de otro, sino para tener el maligno placer de creernos exentos de ellos, y abrogarnos por esta buena opinion de nuestra pretendida virtud un derecho de superioridad sobre los demás. Desengañémonos, nuestras vanas imaginaciones no serán nunca títulos de nobleza. No se funda nuestro mérito ni sobre las virtudes, ni sobre los defectos de otros; *lo que constituye nuestra gloria, dice S. Pablo (2 Cor. 1), es el testimonio de nuestra conciencia, fundado sobre la conducta que hubiéremos observado en este mundo, viviendo en él con un corazón simple y sincero delante de Dios, no segun la prudencia de la carne, sino segun la gracia de Dios, principalmente en lo que á nosotros nos toca. Nuestras obras y no las de otro son las que nos acompañan y formarán nuestro retrato. Las buenas ó las malas cualidades de los demás no constituirán jamás nuestro carácter; cada uno debe ser juzgado por el bien ó por el mal que hubiese hecho. ¡Qué locura el creerse uno bueno, porque los demás son malos! cada uno llevará su carga. No se nos pedirá cuenta de los talentos que los demás han recibido, sino de los que se nos han entregado á cada uno de nosotros; las faltas de otro no nos justificarán á nosotros. Aquel que se hace instruir, de parte de todos sus bienes al que le instruye. Muchos entienden este lugar de la limosna que debe hacerse á los que nos instruyen; pero S. Jerónimo y Sto. Tomás le explican en un sentido espiritual: Que el que se instruye en la fe, dicen, escuche á su maestro con docilidad, é imite sus buenos ejemplos. No os hagais de tal modo discípulos de los que os instruyen, que os impongais una ley de imitar hasta sus defectos; porque, como dice el Salvador, los escribas y los fariseos están sentados en la cátedra de Moisés: observad, si, y haced todo lo que os dijeren; pero no obreis como ellos, cuando ellos no hacen lo que dicen.*

*No os engañeis, nadie se mofa de Dios impunemente. Por mas que nos alimentemos de nuestras propias ideas, por mas que nos formemos un sistema de conciencia á nuestro gusto, Dios no juzga sino conforme al suyo. Podemos engañar á los hombres; pero ¿pretendemos engañar á Dios? Enmáscrase la hipocresía.*

pero esta máscara no puede sostenerse delante de los ojos de Dios. Todos esos aires artificiosos de una devocion puramente exterior, todas esas anagazas de devocion no sirven mas que para hacernos mas criminales. Dios desenvuelve todos los pliegues y repliegues del corazón humano; Dios hace un discernimiento justo y preciso de todos los motivos que nos escitan á obrar; Dios penetra el fondo de la conciencia. ¡Qué impiedad! ¡qué estravagancia el quererle alucinar! ¿y el vivir de otro modo que lo que se hace profesion de creer, no es quererse burlar de Dios? *Lo que el hombre hubiere sembrado, eso es lo que cogerá. No hay cosa mas miserable que la falsa conciencia: ¿qué se gana con engañar á los demás; con engañarse á sí mismo por un falso brillo de piedad? ¿de qué sirven todos esos forzados racionios para colorar el error en que se está, y para justificar la relajacion en que se vive? ¿Porque queramos autorizar nuestra conducta, por mas irregular que sea, será por eso menos defectuosa? ¿Deferirá Dios mucho á nuestras opiniones cuando sean contrarias á la santidad y á la severidad de su moral? ¿y seremos juzgados dignos del reino celestial, porque nos creamos santos á nuestros ojos? La recoleccion corresponde siempre á la sementera; ¿se ha sembrado grano malo? no se puede coger sino zizaña: ¿no se hacen mas que obras de tinieblas? no se puede coger otra cosa que corrupcion. ¿Se vive en el espíritu, esto es, segun el espíritu de Dios? se recogerá la vida eterna. No nos cansemos de obrar el bien, porque no cansándonos, cogeremos el fruto á su tiempo. Durante esta vida sembramos para la eternidad; en la muerte es propiamente cuando se coge, y entonces cogeremos lo que háyamos sembrado. ¿Hemos seguido en la vida los deseos de la carne; hemos vivido segun el espíritu del mundo? corrupcion, sentimientos infructuosos, desgracias eternas; he aqui nuestra cosecha en la muerte. ¿Hemos llevado una vida inocente, pura, mortificada, una vida espiritual y cristiana? la cosecha será la felicidad eterna. *La vida eterna es para aquellos que obrando constantemente el bien, aspiran á la verdadera gloria, al honor sólido y real, y á la inmortalidad: luego mientras tenemos tiempo hagamos bien á todo el mundo, y principalmente á los que componen la familia de los fieles. Hagamos todo el bien que podamos mientras estamos en esta vida; en la muerte no será ya tiempo de hacerlo. En la muerte solo habrá vanos pesares, estériles deseos, promesas, sentimientos frívolos; el dia va declinando, los nuestros están contados, y se marchan; hagamos el bien mientras que tenemos tiempo. Comencemos por hacer bien á todo el mundo y principalmente á nuestros hermanos, no solo**

asistiéndoles con nuestros bienes, sino tambien edificándoles con nuestros buenos ejemplos; es esta una especie de limosna de obligacion, de la cual nadie está exento.

El Evangelio de la misa de este dia contiene la historia de la resurreccion del hijo único de la viuda de Naim, con todas las circunstancias de este gran milagro.

Habiendo el Salvador salido de Cafarnaum, en donde habia curado de una manera tan milagrosa al siervo del centurion, pasó por una ciudad llamada Naim: era esta ciudad pequeña, situada hácia el estremo de la baja Galilea, á dos millas del monte Tabor, entre la Galilea y la Samaria. En el dia está enteramente arruinada, y no queda de ella mas que unas pocas casas, que habitan algunas familias de árabes estraordinariamente salvajes. Cuando se acercaba, pues, el Salvador á esta ciudad vió innumerable gente reunida para los funerales de un jóven, hijo único de una viuda. Allí fué donde su palabra omnipotente que el dia antes habia sacado del lecho á un paralítico, hizo salir un muerto del féretro. No es una casualidad la que hizo que el Salvador encontrase á aquel jóven á quien llevaban á enterrar: fué su bondad la que le condujo allí para darle la vida. Así tambien esos accidentes imprevistos que convierten á los pecadores en lo fuerte de sus desórdenes y en el tiempo en que menos lo pensaban, no son de manera alguna imprevistos de parte de Dios. Su providencia los ha proporcionado segun los designios de su misericordia para nuestra salvacion.

Habiéndose acercado Jesucristo, vió el acompañamiento fúnebre. Los llantos de una madre escesivamente afligida por la pérdida de su hijo, que era todo su consuelo y su esperanza, le conmovieron sensiblemente. No pudo verla derramar lágrimas, ni oír sus gemidos, sin enternecerse y moverse á compasion; y dirigiéndose á aquella madre desconsolada: No llores, la dijo, consuélate, el motivo de tus lágrimas y de tu dolor se acaba, puesto que yo voy á volver la vida á tu hijo. Detiéndose todo el acompañamiento á estas palabras, fijan todos la vista en el Salvador, y cada uno espera á ver el efecto de esta promesa. Acércase Jesus al féretro y le toca con la mano; los que le llevan se detienen por respeto, cuidadosos de lo que iba á hacer. La esperanza de una maravilla tan grande suspende todo afecto de dolor; todos callan, cuando el Salvador dirigiéndose al muerto, le dice en tono de señor: *Jóven, levántate, yo te lo mando*: al instante se levanta el muerto, y se sienta: mira todo aquel lúgubre aparato y los que están en rededor de él, y con un tono firme les habla. Pero su mayor solicitud es por dar gracias á su insigne bienhe-

chor. Baja del féretro, y llega á postrarse á los pies de Jesucristo, de cuya omnipotencia acaba de experimentar una prueba tan brillante. Mas el Salvador mas solícito todavía, por decirlo así, de acabar de perfeccionar el gozo de aquella madre afligida, él mismo la presenta á su hijo, y se lo vuelve con vida. Puédesse imaginar cuales serian los afectos de alegría de la madre y del hijo, y cuales tambien los sentimientos de admiracion de toda la reunion que allí estaba; todos llegaron á postrarse á los pies del Salvador llenos de respeto; todo resonó con los gritos de alegría, de alabanzas, de bendiciones; todos se apresuraron á ir á la ciudad para publicar el milagro. Todos los que fueron testigos de esta maravilla quedaron poseidos de asombro y de un santo pavor, que les obligaba á exclamar con los afectos mas profundos de reconocimiento á Dios: En verdad tenemos un gran profeta entre nosotros; el Señor, lleno de misericordia, se ha dignado visitar á su pueblo, y hacer brillar á nuestra vista su omnipotencia en la persona de este hombre enteramente divino.

Todas las circunstancias de esta maravilla demuestran visiblemente la autoridad soberana y absoluta con que el Salvador hacia los mayores milagros. No manda al muerto que resucite y se levante como un simple profeta, como un hombre animado del espíritu de Dios, como puro hombre; no habla como hombre sino como Dios: la ley prohibia mancharse tocando un muerto; pero no prohibia tocar un muerto para volverle la vida; una accion tal purificaba al mismo muerto sacándole del estado de corrupcion. *Un gran profeta ha aparecido entre nosotros*. Los habitantes de Naim reconocen aqui á Jesucristo por el Mesías, por el gran profeta prometido de Dios por Moisés: *El Señor suscitará de en medio de vosotros y de entre vuestros hermanos*, esto es, de la misma nacion que vosotros, *un profeta como yo*, y aun mucho mas grande que yo, *á quien escucharéis y obedeceréis*. (*Deut. 18.*) Sirvense de los mismos términos y de la misma expresion de que Zacarias, padre de S. Juan Bautista, se habia servido para designar al Mesías: Bendito sea el Señor Dios de Israel, *porque ha visitado y rescatado á su pueblo*. S. Lucas añade que lo que los habitantes de Naim decian del Salvador, y lo que acababa de hacer, *se estendió por toda la Judea y por todo el pais circunvecino*. No es estraño que en toda la Judea resonase la fama de este milagro y de tantos otros; pero que todos estos milagros tan conocidos, tan incontestables, no hubiesen podido evitar á Jesucristo la muerte mas ignominiosa, es un prodigio de ceguera, de ingratitud, de estupidez, de impiedad en el pueblo que fué autor de ella, que no es posible comprender.

*La oracion de la misa de este dia es como sigue :*

*Ecclesiam tuam, Domine, miseratio continuata mundet et muniat: et quia sine te non potest salva consistere, tuo semper munere gubernetur. Per Dominum...*

Señor, dignaos purificar y fortificar vuestra Iglesia por una continuacion no interrumpida de vuestra misericordia; y porque ella no puede subsistir sin vuestra gracia, conducidla y sostenedla siempre por vuestra bondad. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

*La Epistola está tomada de la del apóstol S. Pablo á los gálatas, capítulos 5 y 6.*

*Fratres: Si spiritu vivimus, spiritu et ambulemus. Non efficiamur inanis gloriæ cupidi, invicem provocantes, invicem invidentes. Fratres, et si præoccupatus fuerit homo in aliquo delicto, vos, qui spirituales estis, hujusmodi instruite in spiritu lenitatis, considerans teipsum, ne et tu tenteris. Alter alterius onera portate, et sic adimplebitis legem Christi. Nam si quis existimat se aliquid esse, cum nihil sit, ipse se seducit. Opus autem suum probet unusquisque, et sic in semetipso tantum gloriam habebit; et non in altero. Unusquisque enim onus suum portabit. Communi- cet autem is, qui catechizatur verbo, et qui se catechizat, in omnibus bonis. Nolite errare: Deus non irridetur. Quæ enim seminaverit homo, hæc et metet. Quoniam qui seminat in carne sua, de carne et metet corruptionem: qui autem seminat in*

Hermanos míos: Si estamos animados del espíritu, caminemos también según el espíritu. No seamos ávidos de vanagloria, acometiéndonos unos á otros, y teniéndonos envidia mutuamente. Hermanos míos, si alguno se ha dejado sorprender hasta el punto de cometer algún pecado, vosotros que sois espirituales, dadle buenos dictámenes con un espíritu de dulzura, guardándoos cada uno de vosotros, no sea también que vosotros caigais en la misma tentación. Llevad la carga los unos de los otros, y por este medio cumplireis la ley de Jesucristo. Porque si alguno cree que es algo, no siendo nada, se engaña á sí mismo. Ahora bien, examine cada uno bien lo que ha hecho, y así no se gloriará sino sobre lo que es en sí mismo y no sobre lo que son los demás, pues que cada uno llevará su carga. Mas el que se hace

*spiritu, de spiritu metet vitam eternam. Bonum autem facientes, non deficiamus: tempore enim suo metemus, non deficientes. Ergo dum tempus habemus, operemur bonum ad omnes, maxime autem ad domesticos fidei.*

instruir, dé parte en todos sus bienes á aquel que le instruye. No os engaños, nadie se burla de Dios. Porque lo que el hombre hubiere sembrado, eso recogerá; así, el que siembra en su carne, de la carne cogerá la corrupcion; el que siembra en el espíritu, del espíritu cogerá la vida eterna. Hagamos el bien sin cansarnos, porque no cansándonos haremos la recoleccion á su debido tiempo. Mientras, pues, que tenemos tiempo, hagamos bien á todo el mundo, y principalmente á los que componen la familia de los fieles.

«Habiendo introducido entre los fieles de Galacia la moral estremada y severa de los falsos apóstoles, no solo la division y la turbacion, sino también la relajacion; S. Pablo despues de haberles dado á conocer el veneno esparcido en la doctrina de aquellos falsos doctores, les da estas saludables instrucciones para hacer revivir entre ellos el fervor y la pureza de la moral cristiana.»

#### REFLEXIONES.

*No os engaños, nadie se burla de Dios.* No hay cosa mas odiosa, y puede aun decirse que no la hay mas impia, que la disimulacion y la mojiganga en materia de religion y de piedad. ¿Qué idea se ha formado de Dios, cuando se pretende engañarle por un exterior hazañero, y por una ostentacion que solo sirve para engañar á los simples? Podemos burlarnos del público fascinándole con un aparato artificial de virtud; podemos sorprenderle y embelesarle con palabrotas y falsos pretextos de reforma; podemos aun, por un artificio secreto del amor propio, alucinarnos á nosotros mismos. No es una cosa extraordinaria que el entendimiento sea el juguete del corazon; las pasiones, y sobre todo la de la sensualidad y la del orgullo, tienen resortes secretos que remueven artificiosamente la máquina. El espíritu de tinieblas sabe el arte de trasformarse en ángel de luz. Los pretextos, los motivos, aun los mas especiosos, hacen impresiones sobre el alma, á las cuales es difícil no ceder, y todavia mas difícil el no ser en-

gãnado de ellas. Entrégase uno á ciegas á las mas groseras ilusiones; abraza atolondradamente el error, le sostiene con tenacidad, se rebela contra las potestades legítimas establecidas por Dios, y se imagina todavía que le hace un servicio. En una palabra, es uno esclavo de la concupiscencia y de los deseos de la carne, y se figura que vive conforme al espíritu de Dios y á las máximas mas puras del Evangelio. La pasión es el primer móvil de todo: el espíritu de interés, de ambicion, aun el de venganza, es el alma de todas las acciones, y por una ceguera lamentable, por una contumacia maligna se toma la pasión por virtud, y la acritud, la animosidad, la enemistad, el odio mismo por zelo. En medio de este desórden de corazon y de espíritu se vive en una seguridad soporífera, como si Dios debiese estar muy satisfecho de nuestros servicios. Se vive tranquilamente en la mollicie y en los placeres; y á favor de algunas apariencias muy superficiales de buenas obras, y de una máscara de piedad, se lleva una vida enteramente mundana. *No os engaños, nadie se burla de Dios impunemente.* Dios sí que se burlará de nuestras ilusiones y de nuestras añagazas. La máscara no dura mas que hasta la hora de la muerte; el prestigio se desvanece á vista del sepulcro; el disfraz se borra con el sudor frio con que se espira. Dios castiga entonces de un modo muy severo el desprecio que se ha hecho de la santidad y de la religion. El fuego eterno sucede á la comedia que se ha representado. ¿Como podemos ignorar que Dios penetra el fondo del corazon, y permite que los hombres se dejen fascinar con engañosas apariencias?

*El Evangelio de la misa es segun el de S. Lucas, capitulo 7.*

*In illo tempore: Ibat Jesus in civitatem, quæ vocatur Naïm: et ibant cum eo discipuli ejus, et turba copiosa. Cum autem appropinquaret portæ civitatis, ecce defunctus efferebatur filius unicus matris suæ: et hæc vidua erat: et turba civitatis multa cum illa. Quam cum vidisset Dominus, misericordia motus super eam, dixit illi: Noli flere. Et accessit, et tetigit loculum. (Hi autem, qui portabant, steterunt.) Et ait: Adolescens, tibi*

En aquel tiempo: Iba Jesus á una ciudad llamada Naim, seguido de sus discipulos y de una multitud copiosa. Cuando se acercaba á la puerta de la ciudad, he aquí que llevaban á enterrar un muerto, hijo único de una viuda, á la cual acompañaba mucha gente de la ciudad. Luego que el Señor la vió, movido de compasion de ella: No llores, la dijo; y acercándose al féretro le tocó. Detuviéronse los que le lleva-

*dico, surge. Et resedit qui erat mortuus, et cepit loqui. Et dedit illum matri suæ. Accepit autem omnes timor: et magnificabant Deum, dicentes: Quia Propheta magnus surrexit in nobis, et quia Deus visitavit plebem suam.*

ban, y él dijo: Joven, levántate, yo te lo mando. Inmediatamente el muerto se sentó, y comenzó á hablar, y Jesus le entregó á su madre. Todos quedaron poseidos del espanto, y publicaban las grandezas de Dios, diciendo: Un gran Profeta ha aparecido entre nosotros, y Dios ha visitado á su pueblo.

### MEDITACION.

*La muerte es dulce para los buenos, y terrible para los pecadores.*

**PUNTO PRIMERO.** — Considera que es tan natural el que á una vida buena siga una buena muerte, y á una vida desarreglada una muerte funesta; como es natural el que un árbol bueno produzca buenos frutos, y que uno malo los produzca malos. La muerte es el eco de la vida, esto es, repite fielmente toda la vida, ó digámoslo mejor, tal como uno ha sido durante la vida, tal se encuentra en la muerte.

Estravagancia seria el esperar que un hombre que jamás durante su vida ha sabido hablar otra lengua que la de su pais, en la muerte hablase una lengua extranjera: no seria menor maravilla haber sido uno toda su vida mundano, libertino, irreligioso, y esperar el morir cristiano.

Si sucede alguna vez que un gran pecador muere bien, ¿no se mira esto como una especie de milagro? ¿los mismos libertinos lo miran de otro modo? ¿Qué desconsuelo, buen Dios, el no poderse salvar sino por milagro! Los malos deben contar mas para su salvacion sobre estos milagros, que los enfermos desesperados sobre las curaciones milagrosas para el restablecimiento de su salud.

Es preciso morir: ¡qué decreto! está ya dado, y es irrevocable: es preciso morir. ¡O palabra terrible para un hombre que no ha pensado jamás en la muerte, que toda su vida ha mirado con horror el pensamiento de la muerte, á quien solo el pensamiento de la muerte ha parecido un suplicio! ¡Qué turbacion, qué desórden no causan en el alma de un pecador los crueles remordimientos que despierta en ella este pensamiento! porque

entonces es cuando se siente toda su vehemencia, y cuando se penetra todo su sentido.

Es preciso morir; esto es, es preciso dejar su hacienda, su casa, sus cargos, sus amigos: es preciso decir á Dios para siempre á todos los placeres de la vida; es preciso comparecer delante de Dios, y darle cuenta de sus deseos y de sus obras para ser juzgado de ellas. ¡Cuántas cosas hay que dejar, cuántas que llorar, cuántas que hacer, cuántas que temer, y para todo esto no hay mas que un momento! El proceso está instruido, las pruebas de todos los hechos van en la propia conciencia. Un Dios irritado está á punto de juzgarle, y de vengarse por sí mismo de tantos insultos. El pecado mismo, sí, el pecado que tenia tantos encantos, no es ya mas que un monstruo, y se levanta contra el pecador. ¡O muerte de los pecadores, qué funesta eres! La memoria de lo pasado espanta; la vista de lo presente abruma; el temor de lo venidero conduce á la desesperacion. ¡O muerte de los pecadores, terrible muerte, muerte cruel que vale ella sola por un infierno!

**PUNTO SEGUNDO.** — Considera qué consuelo tan dulce, qué sentimientos de alegría causa la noticia de haberse ganado un pleito importante; la de la vuelta de un largo y triste destierro; la noticia, en fin, de una victoria completa que nos asegura una corona; todo esto se halla; se experimenta, se siente en la muerte de los justos, y cien veces mas que todo esto. Es un triste destierro que concluye, una continuación de males que cesa, una vicisitud de borrascas, de temores y de peligros que espira; una felicidad pura, llena, satisfactoria, eterna, que comienza; un manantial de inquietudes, de sentimientos, de disgustos, que se agota para siempre.

Las almas de los justos están en la mano de Dios, la muerte no las afligirá. Si Dios nos sostiene, ¿quién nos derriba, qué hay que temer? La vista de un Dios irritado es propiamente la que hace la muerte espantosa; Dios solo es el que puede hacerla dulce. Muérese siempre contento cuando se muere santo.

Cuando no está uno apegado á la vida, se la deja sin pena y sin sentimiento; y cuando uno piensa que no muere sino para vivir para siempre, se muere hasta con placer. ¿Podrá temerse mucho el caer en las manos de Dios, cuando se le ha amado y se le ama? Cuando uno le ama, está siempre seguro de que es amado de él tiernamente. Jesucristo no nos da su precioso cuerpo y su sangre solamente para alimentarnos con él, sino tambien para hacernos vivir por él; y esta vida eterna comienza siempre en el momento de la muerte.

¡Cuánto consuela al justo moribundo la memoria de lo pasado! ¡cuánto le agrada lo presente! ¡de qué alegría no colma á una alma santa la esperanza tan bien fundada en las misericordias de Dios, de una eternidad bienaventurada! La muerte de los justos es como una fruicion anticipada de la bienaventuranza eterna.

A la verdad, la vista de sus pecados puede ser para un hombre de bien un motivo justo de temor; pero la vista del Crucifijo asegura maravillosamente á una alma pura: las oraciones de la Iglesia, el auxilio de los santos, y sobre todo de la Reina de los santos, la presencia de Jesucristo mismo, todo esto inspira á los justos en el último momento cierta confianza en la misericordia de Dios, que ni la tentacion, ni la tribulacion misma, ni el horror natural de la muerte, son capaces de inmutarlos.

¡Buen Dios! ¡qué diferencia entre la muerte de los justos, y la muerte de los impíos! Pues mientras dura la vida, es cuando se opta á ella.

Cosa estraña. Estimamos tanto á los santos, alabamos tanto á los santos; ¿cuándo, pues, seguiremos sus ejemplos? ¡Dios mio! ¿podré darme por contento con haber tenido para con ellos sentimientos de estima y de veneracion, sin haberme nunca impuesto la obligacion de imitar su conducta? ¿Hubieran sido ellos tan dichosos, se hubieran hecho santos, si hubiesen vivido como vivo yo?

No permitais, Señor, que estas reflexiones sean para mí un nuevo motivo de sentimiento en la última hora, y que mientras que yo ruego por las almas, que por faltas tan ligeras padecen penas tan horribles, descuide la penitencia saludable que, aunque ligera, puede por vuestra misericordia librame de tan crueles tormentos.

**JACULATORIAS.** — Dichosos los muertos que mueren en el Señor. (*Apoc. 14.*)

Tenga yo la dicha de morir con la muerte de los justos, y sea mi fin semejante al suyo. (*Núm. 23.*)

### PROPOSITOS.

1 Examinemos como hemos satisfecho hasta aquí nuestros deberes con respecto á las almas del purgatorio. Tenemos allí amigos, parientes, todos los fieles que están allí encerrados son nuestros hermanos: ¿qué hemos hecho para aliviarlos? No carecemos de medios: el padre que nos ha educado con tanta so-

licitud; la madre que nos amaba con tanta ternura, y que acaso padecen todavía por habernos amado con exceso, gimen desde su muerte entre aquellos fuegos terribles, é imploran nuestro socorro; los que nos han dejado tan cuantiosos bienes; los amigos que nos han hecho tantos servicios importantes; todas aquellas almas afligidas, pacientes, abandonadas totalmente por muchos años, olvidadas, todas estas claman, levantando sus manos, por decirlo así, y sus ojos hácia nosotros: ¡O vosotros que nos habeis testificado tanta amistad, cuando vivíamos todavía entre vosotros! ¡O vosotros que ahora podeis á poca costa hacernos grandes servicios, tened compasión de nosotros! Examinemos, pues, hoy lo que hemos hecho por ellas: ¿qué oraciones, qué limosnas, qué buenas obras, cuántas misas hemos hecho decir por su descanso? ¿Hemos cumplido con los legados piadosos de que estamos encargados? ¿Hemos hecho las restituciones que debia nuestra herencia? ¡Cuántas pobres almas padecen en el purgatorio, hace ya un gran número de años, por la dureza y la avaricia impia de sus herederos y de sus hijos! ¡Qué crueldad! pero ¡qué crimen! No pase el día sin que nos hayamos desembarazado de unos deberes tan importantes.

2 Impongámonos una ley para que no pase día alguno sin hacer alguna oracion particular, aunque no sea mas que un *De profundis*, por las almas del purgatorio. Hagamos decir hoy una misa, si podemos, ó á lo menos oigámosla por ellas. Sean por su alivio todas las buenas obras, todas las limosnas que hiciéremos en este día. Es una práctica de piedad muy laudable el concluir siempre la oracion de la noche con un responso por los muertos. La caridad que se ejercita con aquellos dichosos cautivos, es un medio poderoso para alcanzar la gracia de morir con la muerte de los justos. Pocas iglesias hay en donde no haya cada mes una indulgencia en favor de los muertos. No omitamos nada para ganarla en alivio suyo. El zelo que tuviéremos por consolar estas almas afligidas no dejará de sernos ventajoso. Nosotros tendremos tambien necesidad de sufragios de los fieles despues de nuestra muerte; tengamos pues mucha caridad con estas almas santas durante nuestra vida, si queremos que Dios nos aplique las oraciones y buenas obras que se hicieren por nosotros despues de nuestra muerte. Pero ¡qué dicha, qué consuelo para nosotros, si hemos tenido la fortuna de librar, ó de aliviar solamente, una sola de aquellas almas santas; qué socorro no debemos esperar de ella, desde luego que ya gozare de Dios en el cielo! Hagamos todos los dias, si se puede, una limosna por las almas del purgatorio, y digamos por ellas á lo menos una vez al mes el oficio de difuntos.

## DOMINGO DÉCIMOSEXTO DESPUES DE PENTECOSTES.

ADVERTENCIA. *En la Dominica 1.<sup>a</sup> de octubre, celebra la Iglesia la festividad del Rosario de la Virgen Maria, cuya historia se lee en las del día 7 de octubre del Año Cristiano.*

HASE podido ver ya bien, por lo que se ha dicho en la historia de los domingos precedentes, que el asunto del Evangelio de la misa del día da el nombre distintivo á los domingos despues de Pentecostes. El domingo décimosexto se llama en toda la Iglesia latina el domingo del *Hidrópico*. Proviénele este nombre del asunto del Evangelio que se leia ya en este día en Roma desde el tiempo del papa S. Gregorio, y que se lee en cuasi todas las iglesias de Occidente.

El introito de la misa está tomado del mismo salmo que el del domingo precedente. No hay cosa mas afectuosa ni mas tierna que esta oracion, y debe ser familiar á todas las personas afligidas, y á los que padecen alguna tentacion violenta.

Dejaos mover, Señor, de mis clamores y de mis lágrimas, compadeceos de una alma que no cesa en todo el día de implorar vuestro auxilio y vuestra misericordia. Confieso que no merezco ser oido, y que la voz de mis iniquidades es mas fuerte que la de mi contricion y de mis lágrimas; pero muévaos á lo menos mi perseverancia y mi importunidad, é inclíneos á que tengais compasión de mí. Dios quiere que se le ruegue con perseverancia y con cierta especie de importunidad. Hay un género de violencia que es agradable á Dios, dice Tertuliano, y esta es la que se le hace con una oracion perseverante, cual lo hizo David implorando todo el día la misericordia y el auxilio del Señor. El pensamiento de la bondad y de la infinita misericordia de Dios le sirve tambien de un nuevo motivo para redoblar su confianza. Lo que me obliga, Señor, á pedir con perseverancia, y á creer que me oireis, es que yo sé que sois un Dios lleno de bondad, lleno de mansedumbre, lleno de misericordia con los que os invocan: porque, ¿quién es el que habiendo puesto en vos toda su esperanza, no ha sido oido? Yo espero, Señor, que seré de este número: no; vos no establecereis para mí un nuevo sistema; sois incapaz de mudaros, y por consiguiente vuestra